

LA CONSERVACIÓN DE LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XX EN MÉXICO: MÚLTIPLES RETOS POR ENFRENTAR

*Alejandro Ochoa Vega**

THE PRESERVATION OF THE ARCHITECTURE OF THE 20TH CENTURY IN MEXICO: MULTIPLE CHALLENGES TO FACE

Resumen: El siglo XX presenta una gran paradoja, fue el de una modernidad arquitectónica que parecía que había llegado para quedarse, sin embargo en sus últimas décadas, sus obras ya enfrentaban deterioro y hasta la propia extinción. La conservación de la arquitectura del Movimiento Moderno representa a inicios del siglo XXI un gran reto, por lo mismo, desde 1988, en París, se fundó el do.co.mo.mo. (Documentación y conservación de la arquitectura del movimiento moderno) y el capítulo México en 2003. Esfuerzos que en los distintos países miembros, a través de fichas, estudios, proyectos de conservación y denuncias, pretenden contribuir a la valoración y rescate de múltiples proyectos y obras, a nivel urbano y arquitectónico que marcaron nuestros tiempos contemporáneos. No obstante, problemas como envejecimiento prematuro, falta de mantenimiento y aparente obsolescencia, han dificultado su permanencia, ante una escasa valoración como patrimonio urbano arquitectónico. Así, desde la paradoja citada, se enfrenta la arquitectura moderna de nuestras ciudades con una incipiente ponderación como patrimonio cultural, a una vorágine comercial del suelo urbano que desecha todo lo que no sea rentable. Por lo que, para la presente ponencia, se expondrían dos casos de modernidad arquitectónica en México, que casi en su totalidad, perdieron la batalla para su permanencia, la ciudad de Culiacán, ubicada al noroeste del país, y los grandes cines construidos entre 1920 y 1970.

Palabras clave: movimiento moderno, documentación y conservación, patrimonio cultural.

Abstract: The twentieth century presents a great paradox, it was the feeling that modern architecture looked like it had come to stay, but in the last decades of that century, much that heritage decline and facing extinction. The conservation of Modern Movement architecture represents, in the beginning of XXI century, a great challenge, therefore, since 1988, in Paris, was founded do.co.mo.mo. (Documentation and Conservation of Modern Movement architecture) and Chapter Mexico in 2003. Efforts in the various member countries, through records, research, conservation projects and reports, are intended to contribute to the assessment and recovery of multiple projects and works, urban and architectural level that marked our contemporary times. However, problems such as premature aging, apparent lack of maintenance and obsolescence, have hampered their stay, with a low valuation and urban architectural heritage. Thus, from the paradox above, facing the modern architecture of our cities with a weighting emerging as a cultural heritage to a commercial maelstrom of urban land that rejects everything that is not profitable. So, for the present paper, would present two cases of modern architecture in Mexico, which almost entirely lost the battle for their stay, the city of Culiacan, located northwest of the country, and large theaters built between 1920 and 1970.

Keywords: modern movement, documentation and conservation, cultural heritage.

*Arquitecto (Universidad de Guadalajara); Maestría en Arquitectura, Investigación y Docencia (UNAM); Doctor en Historia del Arte (UNAM). Profesor e Investigador del Departamento de Métodos y Sistemas División de CyAD, UAM, unidad Xochimilco

Introducción

El siglo XX presenta una gran paradoja, fue el de una modernidad arquitectónica que parecía que había llegado para quedarse, sin embargo en sus últimas décadas, sus obras ya enfrentaban deterioro y hasta la propia extinción. La conservación de la arquitectura del Movimiento Moderno representa a inicios del siglo XXI un gran reto, por lo mismo, desde 1988, en París, se fundó el do.co.mo.mo. (Documentación y conservación de la arquitectura del movimiento moderno) y otros capítulos en el mundo como el México en 2003. Esfuerzos que en los distintos países miembros, a través de fichas, estudios, proyectos de conservación y denuncias, pretenden contribuir a la valoración y rescate de múltiples proyectos y obras, a nivel urbano y arquitectónico que marcaron nuestros tiempos contemporáneos. Obras aisladas, pero sobretodo grandes conjuntos habitacionales o de equipamientos urbanos, realizados aproximadamente entre 1925 y 1965, definieron la imagen de la ciudad moderna del siglo XX. No obstante, problemas como envejecimiento prematuro, falta de mantenimiento y aparente obsolescencia, han dificultado su permanencia, ante una escasa valoración como patrimonio urbano arquitectónico. Así, desde la paradoja citada, se enfrenta la arquitectura moderna de nuestras ciudades con una incipiente ponderación como patrimonio cultural, a una vorágine comercial del suelo urbano que desecha todo lo que no sea rentable.

Por lo que, para la presente ponencia, se expondrían dos casos de modernidad arquitectónica en México, que casi en su totalidad, perdieron la batalla para su permanencia, la ciudad de Culiacán, ubicada al noroeste del país, y los grandes cines construidos en el país entre 1920 y 1970. Tanto un hecho urbano como una tipología arquitectónica, afectados seriamente, como unidad morfológica en el primer caso y como uno de los géneros arquitectónicos más representativos del siglo XX, en el segundo. Culiacán que construyó su modernidad desde su propio corazón urbano, ahora sustituido por arquitecturas banales, y los grandes cines, rebasados por las nuevas centralidades urbanas y los recientes formatos de exhibición cinematográfica.

Culiacán

Antecedentes

Culiacán, a pesar de haberse fundado en el siglo XVI, tuvo que esperar tres siglos más, para llegar a la categoría de ciudad y adquirir una fisonomía realmente urbana. Los tiempos coloniales no fueron benignos para su desarrollo; muy lejos del centro político de la Nueva España, perteneciente a la Nueva Galicia pero

marginada de sus beneficios, era solo lugar de paso eventual. Durante el siglo XVII y buena parte del XVIII, el sistema económico misional de los jesuitas-que habían llegado en 1591-fue el más próspero en la región. Aunque limitado al norte, se articuló a su entorno por medio de la venta de carne, granos y bestias de carga. El resto de la población, asentada en el centro y sur del territorio sinaloense vivía de la agricultura de temporal, pesca, salinas y algunas minas de escasa extracción. Culiacán ha perdido prácticamente toda su arquitectura colonial, salvo cinco construcciones –ya en franca ruina, abandono o muy alterados. Cuatro de ellos eran casas habitación y el otro un mesón y ahora una escuela de artes.

Figura 1 - La Catedral de Culiacán y su entorno. Fuente: fotografía de Juan Carlos Rojo Carrascal.



Después de la independencia, las provincias de Sonora y Sinaloa fueron unidas sin embargo la República las volvió a separar. El 21 de julio de 1823, Culiacán fue declarada capital de la provincia de Sinaloa, subiendo a la categoría de ciudad. Las siguientes décadas fueron como en el resto del país, de gran inestabilidad política, social y económica, sin embargo, también es cuando la ciudad de Culiacán inició su proceso de urbanización. El papel de la iglesia católica en todo el territorio mexicano fue hegemónico, por lo menos hasta 1859 en que se dictaron las Leyes de Reforma, por lo que no es de extrañar que el primer edificio de importancia en Culiacán, fuera precisamente un seminario y en poco tiempo, la misma catedral. La década de los cuarenta del siglo XIX fue definitiva para Culiacán, para conformar, más que en decretos oficiales, en la realidad física, la imagen de un asentamiento que iniciaba su proceso de consolidación urbana. En 1842 está terminado el edificio sede del seminario y en ese mismo año se inician las obras de la catedral, terminadas hasta cuarenta y cinco años después por diversas interrupciones en su proceso de construcción. Se funda el panteón de San Juan y se “hermosea” la plaza principal construyendo más portales, se presume que ya existían unos del periodo colonial. En el aspecto económico y productivo, en 1846 se puso en funciones la Casa de Moneda y poco después la fábrica de hilados y tejidos “El Coloso”.

Para fines del siglo XIX llegaría desde la capital del país el arquitecto poblano Luis F. Molina, egresado de la Escuela de Bellas Artes y quien se convertiría por casi 20 años en el principal constructor de la ciudad. Contratado originalmente para realizar un gran teatro para la ciudad, a la postre el Apolo, haría entre otras obras El Colegio Rosales, la Casa del gobernador Cañedo, el mercado Garmendía, el Santuario y un puente para cruzar el Río Tamazula, pivote del crecimiento de la ciudad hacía el norte.

Modernidad

En el desarrollo de la ciudad de Culiacán y su región a partir de los años cuarenta del siglo pasado, se basa en la construcción de un sistema de producción agrícola moderno que implicó la explotación de los recursos hidrográficos con la dotación de infraestructura de riego. El impacto de estas obras en la ciudad, fue determinante al convertirse en centro de servicio y comercialización de los productos agrícolas. De esta manera, la estructura de la ciudad tradicional se transforma en razón de las nuevas actividades funcionales y la población inicia un proceso de crecimiento acelerado.

Según lo refieren muchas notas literarias y periodísticas de los años cuarenta en la capital de Sinaloa, el afán de ser modernos era vital para la sociedad. Por lo que vale la pena considerar que la identidad cultural de una

ciudad como Culiacán, sin la monumentalidad de las ciudades centrales de México, tiene que ver más con una realidad cambiante y dinámica. Los valores culturales se identifican con un presente de trabajo y esfuerzo y con un futuro de bienestar. El pasado de Culiacán y su región es de retraso y aislamiento, una zona de grandes recursos naturales que permaneció dominada e inexplorada por siglos, pero en 1948, al concluirse la presa Sanalona se inicio el cambio para la producción agrícola regional. La sociedad actual se reconoce más cercana a este hecho, cuando la arquitectura racionalista ya estaba presente en muchos puntos de la ciudad, como respuesta a las nuevas actividades funcionales y como criterio estético de modernidad. Se fue conformando un consenso en las formas arquitectónicas, que con algunas variables permaneció hasta la década de los setenta.

Artigas, Best y Benítez, los pioneros

La obra de la traída, Francisco Artigas, Germán Benítez y Fernando Best fue fundamental para la ciudad de Culiacán porque introdujeron una tipología arquitectónica moderna. Fue la primera actitud consciente para planear y aplicar una nueva metodología del diseño y lenguaje arquitectónico, lejos de las referencias eclécticas y académicas. Benítez Y Best por su formación en el Instituto Politécnico Nacional se orientaban más hacia la estética del funcionalismo radical cercano al de Juan O' Gorman, de quien incluso fueron discípulos. En contrapartida, el Artigas de aquella época, contrarrestó la aparente frialdad proyectual de sus socios, con recursos y concesiones hacia formas dinámicas y riqueza de texturas.

Germán Benítez, que fue el único que se quedo en Culiacán hasta su muerte, realizaría un proyecto de un edificio de oficinas que se emplazaría al lado norte de la plaza principal de la ciudad, retomando el nombre del viejo inmueble al que reemplazo; La Lonja. Con un lenguaje ya totalmente funcionalista, cabe hacer notar sin embargo de la permanencia del espacio portal, que ya existía en el edificio preexistente, como una actitud flexible a la tradición colonial frente a una plaza pública. Solo que ahora, la arcada fue sustituida por la modernidad rectilínea de columnas y travesaños de concreto. A su vez, la ortodoxia del último funcionalismo que Benítez asumió y aplico de manera general, se ejemplificaría con el edificio el Jacqueline realizado para uso de comercio en planta baja y habitacional en los dos niveles superiores. Emplazado en un terreno de esquina, con su fachada más extensa al oriente y cuyo diseño, a pesar de su agradable volumetría, no resolvió los requerimientos de protección solar que la orientación exigía.

Otra triada de arquitectos que originalmente llegaron a Sinaloa para construir escuelas, fue la Juan Segura, Roberto Saavedra y Jaime Sevilla. Los dos primeros aunque permanecieron pocos años en la localidad, dejaron

obras muy significativas, como la escuela “Tipo” de Segura y la Antigua Normal de Saavedra, en cambio Sevilla permanece hasta la actualidad con una vasta trayectoria en toda la región desde su constructora COSO.

Con las obras de estas dos traídas, Artigas Benítez y Best, así como Segura, Saavedra y Sevilla, se definieron las características de la arquitectura de la década de los cuarenta para Culiacán. Ellos serían los pioneros en la construcción de una nueva imagen para la ciudad que en las décadas siguientes terminaría por consolidarse.

A principios de los años cincuenta fue creada la compañía constructora Casas y Obras, empresa que iría construyendo buena cantidad de viviendas residenciales en las colonias Chapultepec y Guadalupe, lo mismo que otras obras significativas como el nuevo santuario de Guadalupe en la Lomita. El santuario original fue realizado por el arquitecto Luís F. Molina a inicios del siglo XX, fue demolido y sustituido por el nuevo que ha sobresalido desde entonces por su gran estructura paraboloidal hiperbólica, y que sirve de remate hacia el sur del eje más importante de la ciudad, la avenida Álvaro Obregón. El proyecto fue realizado por el arquitecto Jorge Molina Montes quien había estudiado en Nueva York. La estructura de la Lomita es especialmente significativa por ser la primera en utilizar los cascarones de concreto en la región salvando un claro de 25 metros. Esta solución tiene que ver con que Molina Montes había trabajado con Félix Candela, el arquitecto de origen español que desde años atrás venía realizando en México obras con esta tecnología constructiva, entre ellas, la iglesia de la Medalla Milagrosa en la capital del país. El criterio fue muy similar, aunque en la Lomita se logró un espacio con capacidad para 1000 personas sentadas y sin apoyos intermedios. Esta innovación estructural solo se venía aplicando en el Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey, y Sinaloa. Esto habla de que en Culiacán, a pesar de ser entonces una población pequeña, ya se hacía sentir en la tecnología de sus construcciones el impacto del desarrollo agroindustrial. Incluso a pesar de que materiales y maquinaria todavía tuvieran que traerse de Guadalajara, el Distrito Federal o Estados Unidos.

Casas y Obras fue contratada también para concluir el Edificio La Nacional, para la empresa de seguros del mismo nombre, bajo proyecto realizado por el arquitecto Augusto H. Álvarez. El edificio se convirtió en el más alto de la ciudad para uso de comercios, oficinas y departamentos. Si por sus dimensiones, La Nacional es de fuerte presencia urbana, por la aplicación del concreto aparente, la planta tipo y la adecuada solución de ventilación, el edificio resultó innovador. Sin embargo, en los años ochenta el inmueble quedó prácticamente desocupado y a mediados de los años noventa, fue intervenido para convertirlo en el hotel, con resultados más bien pobres¹. A principios de los años sesenta la empresa constructora Casas y Obras desaparecería, no sin antes haber construido el colegio Chapultepec y la Iglesia de la Sagrada Familia, esta última también

1

A.Ochoa Vega, “En defensa de la arquitectura moderna de Culiacán. El caso del Edificio la Nacional”, Página de arquitectura, La Hora de Sinaloa, 18 de abril de 1994, p.8

del arquitecto Augusto H. Álvarez, con una propuesta novedosa al usar paraguas de concreto.

El arquitecto Víctor Manuel Bazúa, nacido en Culiacán y egresado de la Escuela Nacional de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1949, sería otro protagonista importante de la modernidad en Sinaloa desde 1954 que regreso a su tierra. Su obra está marcada por el interés del uso de las estructuras metálicas, de la cual el mejor ejemplo es sin duda, la Preparatoria Central de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Proyecto promovido a concurso nacional, del cual resultaron ganadores Bazúa y Héctor Mexía. Ellos mismos serían los directores de la construcción optando por una estructura metálica visible, tanto en el vestíbulo principal como en los corredores y aulas, concepto que fue innovador en la época. Por eso mismo fue necesario el diseño de varios elementos estructurales, módulos de ventana, perfiles, y faldones de concreto martelinado a lo largo de las fachadas con pasillos exteriores.

En los años sesenta en Culiacán destaca el proyecto del arquitecto Agustín Hernández, también ganador de un concurso nacional, para el campus de la Universidad de Sinaloa (UAS). En él, está presente ese funcionalismo del concreto aparente y el uso de largos faldones Oriente- Poniente, lo mismo que del recurso de la ventilación cruzada y el cuidado por la escala humana, las fachadas, sus proporciones horizontales y la disposición escalonada del partido general, demuestran una actitud dinámica en el diseño urbano arquitectónico. El proyecto se estructuraba a partir de la zonificación de tres actividades principales: administrativas, académicas y deportivas, las dos últimas divididas y jerarquizadas por la primera.

Fin de siglo, fin de consenso

La arquitectura de la ciudad en las tres últimas décadas del siglo XX y la primera del XXI, ha transcurrido entre la continuidad de la modernidad funcionalista, la búsqueda regional desde las expresiones locales, y la ruptura y contradicción, que a través de una era global, se muestra en obras comerciales y de baja calidad. La huella moderna de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, ahora es sinónimo de vejez y decadencia por lo que sucumbe sin que nadie repare en su valor como constructora de una idea de ciudad.

Las salas cinematográficas de antaño

Al iniciar el siglo XXI nos encontramos con que prácticamente en todo el mundo, el cine como tipo arquitectónico de carácter monumental y de sala única con capacidad masiva, es tan solo un recuerdo nostálgico

para los nacidos antes de 1970. En los últimos cuarenta años, el desarrollo de los llamados multicinemas o múltiplex, ligados generalmente a centros comerciales propicio la decadencia de las grandes salas, las cuales una a una desde entonces han ido desapareciendo, reutilizándose en el mejor de los casos como teatros, o quedando simplemente en absoluto abandono. Tal situación no pasaría de ser una más de las consecuencias de la globalización económica, sino fuera por lo significativo que fueron esos grandes cines para varias generaciones, no obstante escasamente referidos en la historiografía arquitectónica.

Figura 2 - Cine Opera, México DF. Arq. Felix Nuncio, 1949. Fuente: Fototeca INAH Pachuca.



A raíz del invento del cine como entretenimiento colectivo, por parte de los hermanos Lumiere en 1895 en París, su difusión en el resto del mundo fue inmediata, así que entre 1896 y 1897 todas las ciudades latinoamericanas importantes ya contaban con el proyector de imágenes en movimiento. Las primeras funciones ocurrieron en espacios improvisados, como patios de casas habitación, plazas, azoteas o en el mejor de los casos, en los teatros. Ya en la primera década del siglo XX la proyección cinematográfica fue parte de los espectáculos ofrecidos en los salones, después teatros cinemas, hasta llegar a los años veinte, donde la sala cinematográfica adquirió identidad como tipo arquitectónico. Aunque todavía pudiera alternar con otras actividades recreativas en el mismo espacio, el cine ya era tan popular que las capacidades en número de butacas inicio un proceso de crecimiento, hasta llegar en los años cuarenta y principios de los cincuenta a casos de cines de más de cinco mil asientos.

Entre las décadas treinta y cuarenta la arquitectura de los cines adquirió una escala monumental debido a las capacidades masivas, por lo que resalto de manera innegable en el paisaje urbano. En cuanto a las propuestas formales y espaciales, los cines acompañaron las corrientes del neocolonial y art deco, y aunque su ambientación interior fue de carácter “atmosférica”, recurriendo a cualquier expresión por más excéntrica que fuera, los recintos para ver cine fueron también importantes protagonistas de la modernidad arquitectónica desde la tecnología constructiva y estructural con estructuras metálicas o marcos de concreto, hasta por los lenguajes arquitectónicos del racionalismo o funcionalismo, sobre todo a partir de los años cuarenta. En los cincuentas y sesentas los cines se simplificaron y se ligaron a conjuntos arquitectónicos, previo a su absorción en los primeros centros comerciales. Ya en los años setenta, la propuesta arquitectónica de los pocos cines que todavía se construyen se empobrece, lo mismo que su capacidad para atraer multitudes, que ahora preferían quedarse en casa viendo televisión o videos. Para fines del siglo pasado, las viejas salas caen dramáticamente en el olvido y descuido, siendo ahora los multiplex o multicinemas los que vuelven a sacar a la gente de sus casas para ver cine, aunque ahora fuera en mini salas de 150 butacas.

De tal suerte las viejas salas, en primera instancia algunas se fragmentaron en aras de sobrevivir con el nuevo modelo, pocas lo consiguieron, otras de plano cerraron y se convirtieron en tiendas de electrodomésticos, estacionamientos, templos o teatros, y las pocas que se mantienen, su programación consiste en material pornográfico. Así, en 40 años, el formato monumental y espectacular para ver cine, en compañía de 3000 o 4000 personas se extingue sin ningún miramiento. Las preguntas son: ¿vale la pena conservar los recintos de estos viejos palacios del cine?, ¿es justa su escasa o nula valoración arquitectónica y patrimonial, por parte de los arquitectos, historiadores y sociedad en general?

Conclusiones

La paradoja de una modernidad arquitectónica que había llegado con pretensiones de ser definitiva, se encontró con una dinámica económica vertiginosa y voraz que la hizo extinguirse casi hasta desaparecer, en apenas 40 años. Las instituciones nacionales e internacionales para la valoración y conservación del patrimonio construido, nacieron en el siglo XX, junto con la era de un capitalismo global y neoliberal, por lo que su lucha, en buena medida ha sido en vano. No se diga con ciudades latinoamericanas, lejos de las monumentalidades de otras con huellas de un pasado colonial o decimonónico, creadas o consolidadas hasta pleno siglo XX, y donde la impronta del Movimiento Moderno les dio sello y cara de identidad. Más allá de una valoración arquitectónica, cercana o no a los grandes paradigmas de la modernidad, Culiacán como unidad morfológica y los viejos cines como tipo arquitectónico, merecerían una mayor atención tanto, como huella de una idea e imagen de ciudad, como de ser uno de los géneros edilicios más representativos del pasado siglo, pero ya casi muertos a inicios de la nueva centuria.

Referencias bibliográficas

SALAZAR Alfaro, HAROLDO Francisco y OCHOA VEGA Alejandro. *Espacios distantes aún vivos, las salas cinematográficas de la Ciudad de México*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 1997.

OCHOA VEGA Alejandro. *Modernidad Arquitectónica en Sinaloa*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, Difocur Sinaloa y Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2004.